

LA Historia tiene dos grandes líneas. Una es puramente mental, imaginaria o idealista; la otra es real y práctica, compuesta de hechos. La Historia mental es aquella de la que forma parte el proyecto de una etnia determinada, y puede advertirse ya que la idea de proyecto, a pesar de su carga semántica y etimológica, no se refiere al futuro exclusivamente, sino también al pasado. Se proyecta sobre el pasado un idealismo propio del presente y del futuro: se selecciona de él lo que forma parte de la mentalidad y de las esperanzas contemporáneas: biografías, batallas, cumbres intelectuales, Constituciones, documentos fundacionales. Se desdena, en cambio, todo lo que va en contradicción con el proyecto. En un cierto momento, y por causas que pueden ser muy distintas, un pueblo se da cuenta de que ha cometido graves errores en la aproximación entre la línea de la Historia mental y la de la Historia real. Cambia su proyección. Entre el idealismo histórico de los griegos creado sobre Homero y sus doradas leyendas constructivas y el terror enmascarado de las sangrientas dinastías de los átridas contadas por Sófocles y Eurípides, media la imposibilidad de coherencia el ideal con la realidad. Diríamos que en el medio de expresión propio de la saga americana, que es el cine, es la distancia que va desde el grupo entre Griffith —«El nacimiento de una nación»— y John Ford, hasta el que se centra en las sangrientas y crueles visiones de Peckinpah o del último Dalton Trumbo visto en Madrid, o simplemente las de Steven Spielberg —«Duel», o, como se llama aquí, «El diablo sobre ruedas»—, por no citar más que lo que es fácil de ver. Hace unos días aún daba la televisión española la película de Capra «Vive como quieras», que representaba exactamente una fórmula del ideal americano: el «abuelo» era una personificación de Roosevelt, en su sillón de ruedas, capaz de explicar que el gran capitalismo no hace la felicidad —la gran depresión de Wall Street sólo tenía nueve años y su fantasma rondaba aún por todo el mundo— y reuniendo en torno suyo a la gran familia americana compuesta de individuos libres, capaces de ejercer sin presiones su verdadera afición, desde la filatelia a la investigación de la clorofila de las plantas.

La línea que separa a John Ford de Peckinpah es el asesinato de Kennedy. La reflexión que a partir de ese momento comienza a hacer el pueblo americano sobre sí mismo y sobre la realidad de su proyecto, es una de las características de nuestro tiempo. Y no corresponde solamente al pueblo americano, sino a lo que todavía se llama el mundo de Occidente. Siete años antes había ocurrido otro asesinato: el de la memoria de Stalin, por Kruschev. La palabra asesinato podría aparecer aquí con un valor negativo

DE KENNEDY A NIXON

Grandeza y servidumbre de diez años de coexistencia

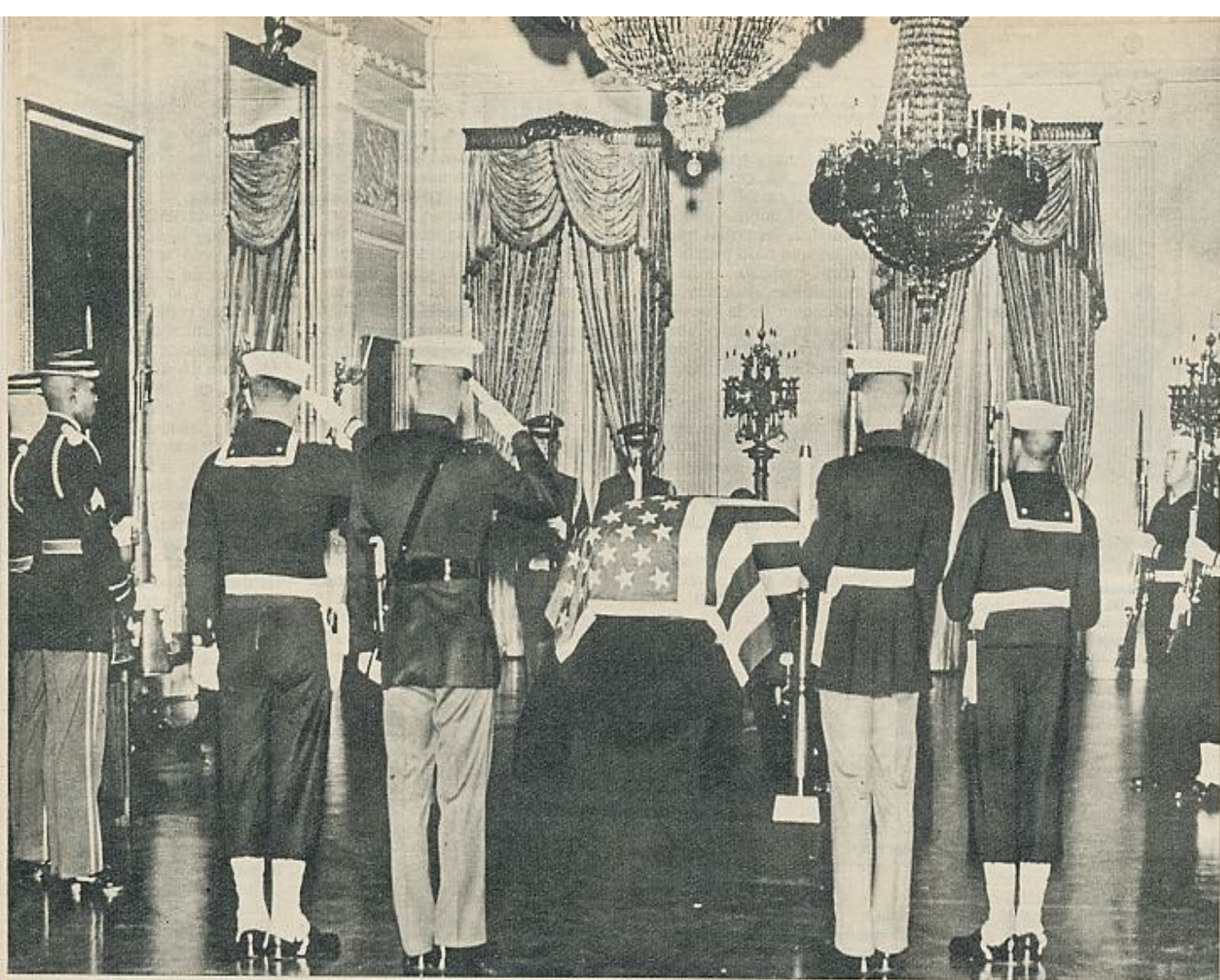
Entre el asesinato del Presidente Kennedy —el 22 de noviembre de 1963— y los sudores fríos del Presidente Nixon —cercado, acosado, impedido prácticamente para un gobierno normal— han transcurrido diez años de la Historia del mundo. De una Historia misteriosa y difícil de comprender que ha causado verdaderos estragos en lo que antes se tenía como un sentido del orden lógico. Es difícil de aceptar la forma clásica de los historiadores que consiste en tomar un acontecimiento como línea divisoria de épocas o periodos. La dinámica de la vida ignora en la realidad estas crestas de vertientes de aguas. Sin embargo, el asesinato de Kennedy en la ciudad de Dallas reúne un gran número de características y hasta de símbolos que pueden caracterizarlo como el suceso que separa un período coherente de uno incoherente, en el que vivimos. Esto no significa que la coherencia sea un valor positivo ni que las hipótesis sobre las que se basaba el mundo hasta Kennedy fueran válidas. Quizá todo lo contrario.

JUAN ALDEBARAN

Es posible que sin los cambios en la URSS, sin la apertura representada por Kruschev hacia la «coexistencia pacífica», Kennedy no hubiese sido Presidente.



que no es el de su intención: se trata solamente de una manera suficientemente expresiva del destrozo causado sobre un largo ideal que había personificado Stalin. A partir del XX Congreso, el pueblo soviético, el mundo comunista y hasta los no comunistas del mundo que tampoco eran anticomunistas, que sin compartir el ideal soviético creían que Stalin significaba algo muy válido y muy concreto, comenzaron también a preguntarse sobre sí mismos y sobre la validez de todo aquello en que habían creído. Siete años antes, repetámoslo, de que el mundo occidental comenzase a hacerse preguntas similares. La disputa ideológica entre China y la URSS iba a desconcertar más a ese extenso grupo humano entre el que figuraban, sin idiosincrasia comunista, los países del Tercer Mundo. Pero la dirección de la Unión Soviética había puesto especial cuidado en sustituir ese ideal que rompía por otro que creaba. Stalin había muerto en 1953; el XX Congreso se producía en 1957. En esos cuatro años se había ido matizando el cambio. Stalin representaba al padre duro, el que castiga y reprime, el señor de la guerra justa para evitar la destrucción del mundo creado por la revolución de 1917; el ideal que creaba la dirección de la URSS para sustituirlo era el de la paz, el de la fraternidad: el de la coexistencia. En cambio, el vacío que dejaba Kennedy no está cubierto por nada. Fue brusco y repentino. Sin preparación.



La reflexión que, a partir del asesinato de Kennedy, comienza a hacer el pueblo americano sobre sí mismo y sobre la realidad de su proyecto, es una de las características de nuestro tiempo.

Es posible que sin los cambios en la URSS, sin la apertura representada por Kruschchev hacia la «coexistencia pacífica», Kennedy no hubiese sido Presidente. Es inútil tratar de presentar ahora una imagen aproximadamente verdadera de John Fitzgerald Kennedy, de sus propósitos y de su personalidad, de sus servidumbres y de su grandeza. Sería una interesante investigación paralela, sobre todo en cuanto se refiere a la mecánica interior de la política y el poder en los Estados Unidos, pero nada más. Lo que importa es la imagen aceptada y requerida. Lo que ha tenido mayor importancia en Kennedy, en su vida y en su muerte, es su capacidad de símbolo, lo que las gentes han querido ver en él y lo que él y luego sus apologistas han querido hacer de él. Kennedy no fue el autor de la coexistencia, sino que la coexistencia trajo a Kennedy.

En las elecciones de 1960, Kennedy se enfrentaba a Nixon; Nixon había sido vicepresidente con Eisenhower y había representado la «guerra fría». Se le consideraba como inútil para aprovechar la posibilidad de coexistencia que tres años antes había emitido la URSS. En los últimos momentos de su Presidencia, Eisenhower había tenido que soportar la humillación y la vergüenza del in-

cidente del U-2, cuando Kruschchev había mostrado que mientras la URSS intentaba la conciliación y el acuerdo, los Estados Unidos seguían realizando acciones ofensivas, como el envío de aviones de espionaje sobre su territorio. Nixon estaba envuelto en esa política; Kennedy significaba lo contrario. Si Kennedy sentía o no en su interior, en su personalidad íntima, esa necesi-

dad de coexistencia; si la representaba porque creía que era la mejor solución para su país y para el mundo o por simple resignación —vista la realidad de que la guerra se había hecho imposible por la importancia destructiva de los arsenales nucleares—, o si solamente adoptaba esa política porque sabía que era la de la mayoría del pueblo americano y, asumiéndola, podría lle-

gar a la Presidencia, es una cuestión que, vista ahora, parece enteramente subalterna. Lo que importa es que la idea de la coexistencia, la del rechazo de una guerra nuclear que durante los años anteriores había preocupado al mundo, elevó al poder a la persona que supo encarnarla.

En los tres años escasos que duró su mandato, desde la investidura hasta la muerte, Kennedy supo representar todo el tiempo y con brillantez este papel. La «Nueva Frontera» que había anunciado tenía algo enormemente visible: un estilo y unos hechos. La época anterior había implantado tiranos al frente de los países aliados de los Estados Unidos, sobre todo en las zonas fronterizas: Kennedy los eliminó, los fue sustituyendo por formas más democráticas de gobierno. Tampoco es preciso aquí sobreestimar unas cualidades morales en el Presidente y su grupo, pero sí unas cualidades de inteligencia: Kennedy supo ver que esos tiranos estaban siendo combatidos por las resistencias en el interior de sus países —sin un sangriento personaje como Ngo Din Diem no habría habido quizá guerra de Vietnam— y podían ser el fermento de una revolución. De alcance mundial. La etapa Kennedy culminó en la crisis del Caribe de 1962, cuando llegó

Kennedy no tenía las manos limpias en el Vietnam; desde 1960 estaba enviando «consejeros» americanos al Sur, armas y dinero. Sólo, tras su muerte, sin embargo, comenzaría la entrada en masa de soldados americanos en el Sudeste asiático.



DE KENNEDY A NIXON



En 1965, Sukarno se retiró de las Naciones Unidas y comenzó a tratar de que Indonesia volviese a ser cabeza de los países del Tercer Mundo, es una idea muy aproximada la de China. El golpe de Estado de 1966, que acabó con el Régimen de Sukarno, produjo tal represión, que creó verdadero espanto en un mundo acostumbrado a todo. Se llegó a hablar de quinientos mil muertos.

hasta el «climax» de la guerra: pero para apagar la tensión supo negociar con Krushev y ofrecer algo a cambio de la retirada de los misiles soviéticos: debió prometer no intentar, una vez más, la invasión de Cuba, retirar los misiles nucleares americanos en Turquía —frontera con la URSS— y abrir negociaciones importantes, cuyo fruto estamos viendo ahora.

El ideal rooseveltiano

El tipo de ideal que representaba Kennedy estaba perfectamente inscrito en el pasado de los Estados Unidos: era un equivalente del ideal rooseveltiano de los años de la guerra y de los primeros días de la posguerra. Es decir, el de un mundo unido, edificado sobre las ruinas del nazismo. Lo que representaron la Declaración de Independencia y la Constitución americana con respecto a las autocracias europeas (y lo que representaría la Revolución francesa), lo representó también la victoria de 1945 sobre las nuevas formas autocráticas nazis, con la alianza de la URSS, y lo volvía a representar Kennedy en 1960. No estaba reñido, en el puro fondo de la cuestión, con los años anteriores, con los años Truman-Eisenhower. Durante ellos se había fabricado toda la semántica de la guerra fría, toda la retórica de la «construcción del mundo libre». Solamente que estaba basada en la fuerza. La segunda muerte de Stalin —la muerte de su imagen en el XX Congreso— y la disputa ideológica entre la URSS y China se consideraban en los Estados Unidos como una victoria de su es-

fuerzo en la guerra fría, sólo que ya el esfuerzo no era necesario, porque el otro campo había quebrado. Apurarle hubiese sido obligarle a emplear las armas nucleares, con las que todo podría perderse, aun ganando. Quizá no comprendían bien el alcance de la desestalinización de la coexistencia. Tal como la presentaba la URSS, no era un fracaso de su política anterior. Stalin había sabido mantener el espíritu de la revolución y la fuerza del país durante la guerra, pero ya su sistema no era necesario: al prolongarlo, al exagerarlo, Stalin había cometido errores, incluso graves errores, que no debían prolongarse. China pretendía prolongarlos, poniendo en riesgo a todos. La coexistencia no se presentaba en las palabras de Krushev ni en las de los diversos textos oficiales como una derrota, como una quiebra del sistema, sino como un rechazo de la guerra, porque el análisis marxista la daba como contraria a los intereses del proletariado mundial y sin vencedores posibles, y la concebía como una concurrencia con el mundo capitalista por otros medios, no como una entrega. Lo justo de aquellos puntos de vista, desde una óptica puramente nacional, no es posible discutirla: lo que ha progresado la URSS

como nación, como gran potencia, y hasta en la mejora de condiciones de vida política en el interior —Soljenitsin o Sajarov, siendo hoy acusadores, son un exponente de lo que ahora es posible y antes no lo era—, es una demostración de su validez; incluso la reducción de China a los términos de la coexistencia. La rotura, en cambio, del idealismo internacionalista es otra cuestión.

El impacto del asesinato del 22 de noviembre de 1963 fue, en estas circunstancias, grave. Se vio en él una acción regresiva. La identificación con un suceso ocurrido diez años después —el derrocamiento y muerte de Allende— es, por muchas razones, incongruente, y, sin embargo, ha producido en muchos sectores de opinión un efecto igual: el de la imposibilidad de acceder a grandes cambios en el sentido de acceso hacia la participación de clases populares en los mecanismos del poder. Podría decirse, con una fantástica visión del sentido de la Historia, que el final de Allende quedó escrito ya con la sangre de Kennedy en Dallas. Con otras palabras aparece esta idea más claramente y resulta menos fantasmagórica: la caída de Kennedy iba a representar en el futuro la

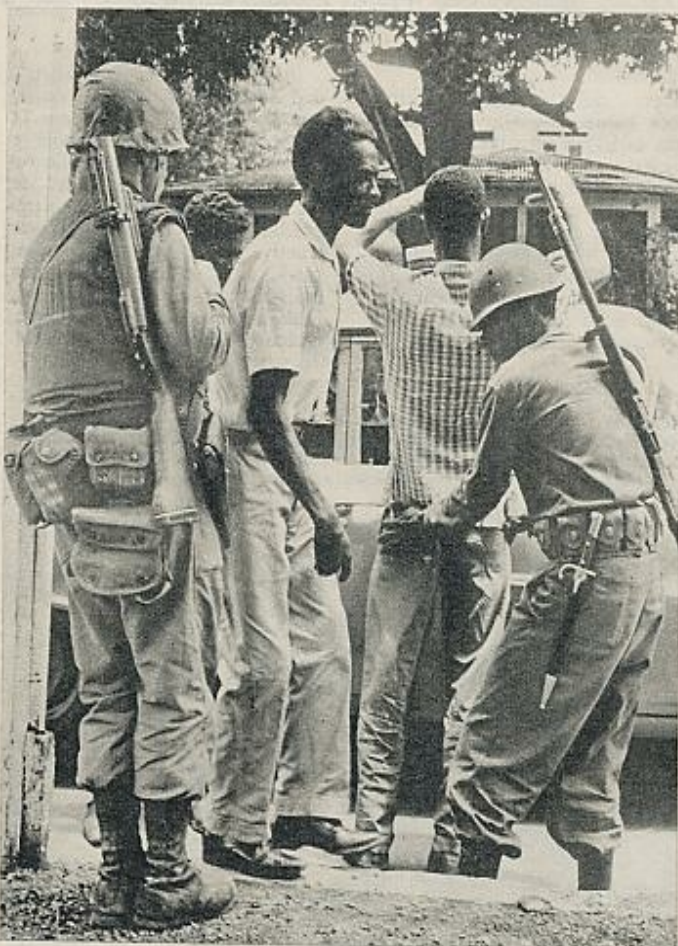
caída, prisión o muerte de muchos personajes y de muchas aperturas.

¿No es atribuirle mucho a Kennedy? No, si dejamos de pensar en él como en un ser humano, como en un político con sus ambiciones, y lo vemos, como queda dicho, como el resultante de una dinámica de vida que imponía fórmulas de coexistencia. Algo que iba a quedar muy claro cuando un año después su sucesor legal y aparente continuador político, Johnson, se enfrentase en las elecciones con Goldwater. Barry Goldwater, «ultra» del partido republicano, asumía la política de fuerza y el idealismo duro de las etapas anteriores: hablaba de aniquilar al enemigo, de continuar la batalla. Y Barry Goldwater fue derrotado de una manera contundente por Johnson, que asumía la línea kennediana de la coexistencia. La reconversión de Johnson, a los pocos días de las elecciones, en un político duro, apareció como una de las más impresionantes trampas de las que puede ser capaz una democracia pervertida. Hasta el punto de que pudo pensarse que no había tal reconversión, sino que Johnson en el poder era el objetivo de quienes habían asesinado a Kennedy, y que se había manifestado con una cierta contención y discreción hasta las elecciones del año siguiente.

El destrozo mental que estos acontecimientos produjeron fue tan considerable, que aún vivimos en él, acrecentado aún por el entredicho de Nixon. Fue inevitable que toda una opinión que llamaremos liberal en el mundo de Occidente creyese que Kennedy había sido víctima de una conjura o de un golpe de Estado de nueva técnica. Cuando se dice ahora con cierto énfasis que no es posible un golpe de Estado en los Estados Unidos para sostener a Nixon en el poder, puede pensarse en los acontecimientos de 1963-1964, que constituyeron ya un cierto golpe de Estado, y en por qué no podría reproducirse de alguna otra manera. Y por qué razones una política golpista mantenida en la esfera internacional no habría de realizarse en el interior, sobre todo por quienes están convencidos de que esos golpes no son más que una manera de sanear, que son lícitos y que son benéficos. A partir de la instalación de Johnson comenzaron a producirse, o más bien a reproducirse, puesto que reanudaban una tradición imperial antigua.

La primera manifestación de este regreso fue la guerra de Vietnam. Kennedy no tenía las manos limpias en Vietnam; desde 1960 estaba enviando «consejeros» americanos al Sur, y armas y dinero. Pero podía suponerse que había decidido terminar con esa situación. Ngo Dinh Diem representaba en Vietnam del Sur la clásica tiranía de la época anterior del imperio americano, de la época de los hombres fuertes: Diem fue depus-

El izquierdista moderado Juan Bosch fue depuesto por un golpe militar en septiembre de 1963, y, cuando en 1965 estalló una revuelta democrática que podía haber llevado de nuevo a Bosch a la Presidencia, Johnson envió a los «marines» y entregó el poder a una Junta.





Las guerrillas en Hispanoamérica, más o menos apagadas después de la muerte del «Che» Guevara en Bolivia y del agotamiento de los Tupamaros, eran una respuesta a la imposibilidad de continuar lo abierto en la era Kennedy.

to, encarcelado y asesinado con una coincidencia de horas con el asesinato de Kennedy. Se suponía que esta acción estaba favorecida —o planeada, o dirigida, o perpetrada— por agentes de Estados Unidos para restablecer una situación democrática. No olvidemos que todo el idealismo político de Kennedy consistía en establecer la barrera al comunismo por la democracia, la libertad y la abundancia, no muy lejana tampoco a los proyectos de Roosevelt y de los primeros tiempos de la posguerra, cuando se crearon los muros de contención de las democracias cristianas en Europa. Se ha podido pensar que la muerte de Kennedy fue provocada precisamente por su intención de cambiar el sistema en Vietnam. El hecho es que poco después comenzaría la entrada en masa de soldados americanos en el Sudeste asiático, y una serie de Regímenes inestables sucedían a Ngo Din Diem hasta que se encontrase un nuevo representante de la línea tiránica.

1965

Para la concreción de todos estos hechos hay que referirse al año 1965. Recordemos un poco las fechas: Kennedy fue asesinado en noviembre de 1963, y le sucedió el vicepresidente Johnson; Johnson fue elegido Presidente en 1964, y se instaló en el poder sin hipotecas electorales (oficialmente no hay diferencia ninguna entre la capacidad de poder de un vicepresidente as-

cendido a Presidente por muerte de éste y la de uno elegido directamente, pero la amenaza de las elecciones puede cohibirle y hacerle manifestarse de otra manera). Tomó posesión de su cargo en 1965. Y en este año de 1965 comenzaron a suceder los grandes acontecimientos que desmentían la política de la era de Kennedy y reanudaban el pasado inmediato.

En 1965, el envío de tropas —no ya consejeros, sino soldados directamente combatientes— de los Estados Unidos a Vietnam llegó a constituir allí un ejército expedicionario de medio millón de hombres. En 1965, Johnson envió sus soldados a la República de Santo Domingo para impedir una restauración democrática. En Santo Domingo, los Estados Unidos de Kennedy habían permitido y fomentado el cambio democrático en 1962, cuando las primeras elecciones libres —tras la tenebrosa era de Trujillo y sus fugaces sucesores—, que llevaron al poder al izquierdista moderado Juan Bosch; Bosch fue depuesto por un golpe militar en septiembre de 1963, y, cuando en 1965 estalló una revuelta democrática que podía haber llevado de nuevo a Bosch a la Presidencia, Johnson envió los «marines» y entregó el poder a una Junta, y aun hizo respaldar su acción por la Organización de Estados Americanos, mediante una presión que hizo comprender fácilmente a los países del continente que se habían acabado las «tolerancias».

En 1965 estaba prevista en Argelia la reunión de los países del Tercer Mundo —continuación de la de Bandoeng, pero ya con muchas naciones convertidas en independientes; las independencias de países coloniales habían comenzado a ser numerosas en 1960—, en la que se podía haber dado una respuesta al nuevo desafío americano —al desafío de Johnson, o personificado por Johnson—, y un golpe de Estado en Argel derribó a Ben Bella y le hizo desaparecer; le sustituyó Bumedian, y la conferencia del Tercer Mundo quedó anulada cuando ya estaban allí los invitados. Para ese grupo de naciones fue un considerable retraso en sus planes. Algo más: comenzaba ya una desintegración de su política independentista, que no solamente no se ha rehecho, sino que se ha agravado. En 1965, convencido de que lo que estaba pasando era algo realmente importante y grave, Sukarno se retiró de las Naciones Unidas y comenzó a tratar de que Indonesia volviese a ser cabeza de los países del Tercer Mundo, en una línea muy aproximada a la de China; estaba preparando ya su caída y una tragedia inmensa para su país. El golpe de Estado de 1966 produjo tal represión, que creó verdadero espanto en un mundo acostumbrado a todo. Se ha hablado de quinientos mil muertos. Inmediatamente, Indonesia regresó a la órbita americana, en una zona que interesaba a los Estados Unidos enormemente por su guerra en Vietnam.

Son algunos acontecimientos, muy visibles, entre otros menores (y posteriormente mayores: la guerra secesionista de Biafra en Nigeria, de 1967 a 1970, alcanzaría terribles formas de genocidio), entre golpes de Estado y revoluciones de palacio, continuados casi siempre por represiones, suspensiones de garantías, establecimiento de dictaduras.

Para Europa fue especialmente significativo, en 1967, el golpe de Grecia, ya en los últimos momentos de la era Johnson; quizá no más grave que los de otros lugares del mundo, pero sí en un momento en que Europa, con su Mercado Común y su incipiente Parlamento, jugaba a dar una respuesta democrática a algunos problemas y comenzaba a buscar la forma de desembarazarse de los Estados Unidos, como ya había empezado Francia, haciendo salir de su territorio las bases y el Cuartel General de la OTAN. El símbolo que representaba Grecia era éste: incluida en el imperio americano de la posguerra por la intervención armada directa, su Régimen estaba constituido artificialmente, y no representaba la base de la población, la opinión pública. Esta había ido penetrando lentamente por vía política, electoral, no violenta, y se encaminaba hacia una solución, cuando sufrió el golpe regresivo. Una historia mil veces repetida. Pero en este caso la nueva vía griega se había hecho posible por la era de Kennedy y se había hecho imposible para la era de Johnson. Un ejemplo.

DE KENNEDY A NIXON

La «toma de conciencia»

Sin embargo, la presencia real de la coexistencia —o del apaciguamiento, la negación de la guerra y la negación de las condiciones rígidas de vida-para-la-guerra impuestas hasta 1960— era más fuerte que las manipulaciones del poder. Comenzó la llamada era de la protesta. O lo que se ha llamado la «toma de conciencia». Una toma de conciencia es generalmente la conversión en motivos de los llamados espirituales de las presiones y males materiales. El patrón de Historia mental creado por la era Kennedy, mucho más profundo, como queda antes dicho, porque estaba enraizado con el «American dream», se había roto, y se manifestaba en forma de más impuestos, de más soldados y de más bajas en la guerra de Vietnam. En 1914, el pacifismo era cuestión de las clases proletarias, porque se sentían víctimas de la guerra por los intereses de los otros; en 1963 y los años siguientes eran los estudiantes, afectados directamente, no sólo por las movilizaciones, sino por la rigidez de una sociedad. Es interesante observar cómo este tipo de movimiento salta las fronteras, no sólo dentro del mismo imperio —como podían ser, por ejemplo, los movimientos americanos de Kent, de Berkeley, y los de París—, sino al imperio adverso, como pasaría en Praga. La coexistencia iba, sin duda, más allá de lo supuesto por sus propios inventores y se volvía en cierto modo contra ellos. Unificaba al mundo más allá de los sistemas por una razón: el mundo estaba basado en una moral de guerra y en una disciplina de guerra posible, y en el momento en que se había hablado de guerra imposible, ese tipo de disciplina ya no era fácil de mantener.

Johnson cayó por la protesta. Hay una unidad clara de acontecimientos, que van desde el asesinato de Kennedy hasta la despedida de Agnew y el entredicho Nixon, pasando por la obligación de Johnson de retirarse —esa fue la equivalencia de su renuncia a presentarse a las elecciones de 1968—, pasando por el grupo de asesinatos —Robert Kennedy, Luteró King, Malcolm X...— y de sangre vertida en Vietnam —sobre todo por los bombardeos sobre poblaciones civiles—, y esa línea clara es la del desprestigio del poder, la de la duda de si el poder se ejerce por los medios democráticos o si hay fuerzas por encima de ellos. Las protestas y los disturbios por las protestas comenzaron a dar una señal de ilegalidad y de violencia, tanto por las acciones estudiantiles —como las quemadas de establecimientos de reclutamiento militar—, como por las de los Panteras Negras y los disturbios raciales; era la respuesta a que la legalidad se había hecho imposible o había dejado de ser vínculo para las

opiniones reales. No es fácil para una opinión mayoritaria que exige a un Presidente, en nombre de un programa y una política, ver cómo se lo asesinan, y cómo cuando reitera su voluntad, el Presidente electo la tergiversa, y cómo cuando se le aparece un candidato que sume las mismas propuestas, se lo asesinan también; no es fácil ver todo ello sin comprender que la única acción posible es la de salirse de un sistema que se le niega. Es el mismo alcance que podrían tener los otros dos hechos violentos de esa década: las guerrillas en Hispanoamérica y los actos de terrorismo en el mundo. Las guerrillas, más o menos apagadas después de la muerte de «Che» Guevara en Bolivia y del agotamiento de los Tupamaros —pero siempre latente y con posibilidades de reaparecer—, eran una respuesta a la imposibilidad de continuar lo abierto en la era Kennedy y el triunfo de la línea de quienes no creyeron nunca en la virtualidad de la línea Kennedy. Eran el fruto de la Tricontinental, con que una parte del Tercer Mundo respondía a su ahogo, como otra parte sería el llamado terrorismo palestino, ante la imposibilidad de que se cumplieran los sucesivos mandatos internacionales para regresar a sus territorios.

Pero en esta línea de acontecimientos hay ya una matización importante de valores. Son las gentes que han aceptado la coexistencia, que han trabajado por ella y que han proporcionado esa dinámica de vida que parece irreversible las que se sienten de pronto sus víctimas. «La coexistencia es una colusión de Estados Unidos con la URSS», grita China. Que más tarde, con su apertura diplomática y con el sofoco de su propia Revolución Cultural en esta misma década, comienza a participar en esa colusión. Hay países que pueden evolucionar con rapidez, como Alemania Federal, que abandona su línea dura con respecto a la Alemania Democrática y los países del Este, se desembaraza de sus demócrata-cristianos de combate y deja brotar a Brandt —como los Estados Unidos dejaron brotar a Kennedy— para que la coexistencia tenga un carácter nacional, de acuerdo con sus intereses. Hay países que no pueden hacerlo, porque no tienen plasticidad y mecanismos políticos suficientes o porque sus economías coloniales no se lo permiten. Los que lo esperaban todo de la democratización por la fuerza emanada de los Estados Unidos, o de la revolución mundial dispuesta por la URSS y China, comienzan a perder sus esperanzas. Pueden perderlas por largo tiempo, sin duda.

La era Nixon

Esa es ya la era de Nixon. Nixon tiene la virtud de asumir esa nueva coexistencia. En este caso sí que caben pocas dudas de que

la presenta a la opinión como una conveniencia propia y de su grupo de poder: la vida política anterior de Nixon, su vicepresidencia, sus discursos y sus textos, no han permitido nunca creer que podía tener una conciencia coexistente. Esta forma de abordarla tiene sus peligros. Muchos y muy graves. La coexistencia, planteada como negocio, por una parte, como algo inevitable, por otra, tiene ya poco de humano, nada de idealista. Muchos de cuantos la aceptan —y sin duda Nixon— lo hacen como una negación a sus propias normas morales, a una moral no sólo de ellos, sino de miles de años de Historia que considera las guerras como «sola igiene del mundo», como decía Marinetti, como un oficio de honor y como la única forma resolutive de implantar algunos ideales. Abandonar la idea de la guerra es abandonar una moral, sobre todo cuando este abandono se hace sin creer en los nuevos ideales humanos de la paz, sino en un negocio, un provecho. No están limpios de esta actitud los soviéticos ni los chinos, que eran re-

morales —de un guardar las formas—, que es el hecho más visible de una época de degradación y de corrupción en la que se busca un símbolo en el «támdem» Nixon-Agnew. Quizá no peor que lo que sucede en otros países o con otros grupos de poder. Pero los Estados Unidos tienen la grandeza y la servidumbre de ser cabeza imperial y de ser escaparate de lo que sucede.

Los que se han encontrado, perplejos, en esta misma década con que las formas ancestrales de su religión han dejado de servir o son insignificantes; los que han visto que su doctrina política se hacía tan flexible para los poderes como para ser contradictoria hasta extremos inconcebibles, mientras trataba de conservar toda su rigidez con la base y los militantes; los demócratas hasta la muerte, que han visto la democracia pervertida y trastornada, necesitan algo más que fuerza moral para no dejarse arrastrar por una corrupción general. Es curioso que, sobre todo en esta década, ese algo más haya multiplicado sus fuerzas anteriores por medio de un terror difu-



«La coexistencia es una colusión de Estados Unidos con la URSS», grita China, que más tarde, con su apertura diplomática y el sofoco de su propia Revolución Cultural en esta misma década, comienza a participar en esa colusión.

volucionarios mundiales. El abandono de una parte de la moral puede suponer, en las personas como en las naciones o en las instituciones, el abandono de todas las demás. Los psicólogos y los criminólogos saben que la aceptación de una marginación determinada por parte de un individuo puede fácilmente arrastrarle a otras marginaciones, y que la comisión de algo que la sociedad considera como deshonoroso o delictivo, puede llevar a actos deshonorosos o delictivos de otra naturaleza. El abandono de la moral de guerra por quienes creían firmemente en ella puede haber llevado al abandono mundial de otras muchas morales, o incluso de simples apariencias

so y neomitológico: la polución, la escasez de materias primas, las drogas, la superpoblación, la carretera, el mismo miedo al desarrollo, la neurosis de consumo. Es decir, una forma de represión por la vía de las costumbres, más allá en muchos países que la represión por la vía de la política. Sin contar con otros llamamientos al terror absoluto, personificado por la siempre posible guerra. Es también muy interesante ver que casi el punto inicial y el punto final de esta década —dentro de la advertencia de que no hay en realidad principios ni finales en este magma, o en este «continuum», que no sean simples facilidades para el comentarista y el lector— están



La identificación del asesinato de Kennedy con un suceso ocurrido diez años después, el derrocamiento y muerte de Allende, es por muchas razones incongruente, y, sin embargo, ha producido en muchos sectores de opinión un efecto igual: el de la imposibilidad de acceder a grandes cambios en el sentido de acceso hacia la participación de clases populares en los mecanismos del poder.

marcados por dos alarmas atómicas: la que decretó Kennedy en el bloqueo a Cuba, en 1962, y la que ha decretado en octubre Nixon, con motivo de la reanudación de hostilidades en el Oriente árabe. No había habido ninguna otra en medio. Y es de notar que aquella fue aceptada en el mundo político occidental como necesaria —no por las poblaciones, desde luego— y ésta ha sido rechazada por todos, poblaciones y Gobiernos, como una maniobra y como una muestra de la falta de moral política de nuestro tiempo.

Una de las amenazas más considerables que estos terrores difusos y que estas situaciones políticas puedan provocar es el sofoco aún mayor del Tercer Mundo. Quizá la maniobra árabe de movilizar el petróleo como arma de guerra haya sido muy útil para un mejor desenlace de la situación, pero quizá también haya comenzado a movillizar fuerzas para que no vaya a suceder nunca más. Todo el sistema de amenazas por el desarrollo, toda la creencia —y la realidad— de la escasez de materias primas que se descuelga sobre el mundo, coincidiendo con el gran galope demográfico, puede terminar en una acción contra el Tercer Mundo, un regreso abierto y claro del colonialismo, que nunca se ha ido del todo de este mundo:

solamente ha tomado otras formas. La coexistencia sobre la base del negocio y el provecho puede hacer que estas formas terminen por abandonarse otra vez y que el mundo dominante caiga de nuevo sobre el mundo dominado para arrancarle sus materias primas y su mano de obra por vía de fuerza. Lo que hemos visto en Chile tiene ese significado, y lo que ocurre en Oriente árabe no tiene otro. Cobrar o petróleo y vidas de esclavos tienen ya menos defensa, por paradójico que esto resulte, que en los años de la guerra fría; si estos grupos trataban de mantenerse y de salir de su situación por el establecimiento de un equilibrio del que querían guardar la clave del fiel, el equilibrio ya se ha hecho sin contar con ellos, y puede llegar a hacerse en el futuro si se establece un sistema para explotarles directamente.

Habrà que esperar entonces ver dónde anida el fantasma de la revolución, que lleva tantos años paseándose por el mundo, trasmigrando de un lugar a otro. Porque la idea de que una situación de injusticia puede prevalecer, sea cual sea la fuerza del que explota, es algo que va contra las enseñanzas de la Historia real, sea cual sea la forma que adopte: la Historia real o la Historia mental. ■ J. A.

La Capilla siXtina

CUANDO LAS PRINCESAS SE CASAN

Recuerdo a la princesa Ana cuando era una niña rubia que salía en las páginas de hueco de "ABC" con comentarios laudatorios de sus gracias infantiles. Parece ayer, y ahora la princesa se nos casa con un apuesto capitán, medalla olímpica. La feliz pareja pasará la noche de bodas en un refugio secreto, y después partirá a un crucero de amor por las islas del Caribe, a bordo del yate real.

Hemos visto crecer a la criaturita. Alta y delgada, como su padre, con ese fondo de rostro austero, como su madre, la princesa Ana es una síntesis perfecta de la pareja real. Incluso sus aficiones tienen mucho de familiar: los caballos (su padre), las pamelas (su madre), los capitanes (su tía). Aunque los ingleses estén un tanto desencantados, porque se ha filtrado la noticia de que la princesa ha pasado más de un fin de semana a solas con su novio, tienen en cambio la absoluta seguridad moral de que fueron "recontres" no oficiales. El primer "recontre" oficial ha pasado primero por la abadía de Westminster, como incluso manda el Dios de los ingleses.

La princesa y el capitán han hecho unas declaraciones a la BBC que son una prueba del desarrollo español, absolutamente milagroso. Porque según esas declaraciones, se deduce que los jóvenes príncipes piensan exactamente igual que los "niños de Serrano" o los barceloneses "pijos de la Diagonal". Son ultrac conservadores con píldora o diafragma, enemigos de la polución atmosférica y partidarios de vivir en una granja en Escocia, con aeropuerto privado, supongo, para darse una vuelta de vez en cuando por Londres para ir de compras. El capitán, y a estas horas príncipe consorte, dispone de una sonrisa de dentífrico mentolado. Cuando le veo en una fotografía, inmediatamente pienso que ellos fuman Pall Mall, o que estoy en presencia del hombre de Sofico o de un fanatizado de la chispa de la vida.

Sin embargo, creo observar que esta boda no es como las anteriores bodas del siglo celebradas en este siglo. La medida de mister Heath de declarar el estado de emergencia por la huelga relativa de mineros y mecánicos electricistas, ha enfriado los ánimos populares casi tanto como la evidencia de que la princesa y el capitán se casan de blanco por puro protocolo. Y es que los tiempos cambian hasta extremos insostenibles para la recta razón. Ni los príncipes son

lo que eran, o tal vez fuera más sensato decir que las masas ya no son lo que eran. Aunque no faltará el apoyo masivo a tan magno acontecimiento, el pueblo británico está más sensibilizado ante las noticias negrísimas que le llegan sobre su futuro: los economistas norteamericanos aseguran que el Reino Unido será dentro de diez años uno de los países más pobres de Europa, la Ford amenaza con irse a Valencia, y el señor López Rodó juega fuerte la baza Gibraltar.

Por otra parte, la evidencia de que los jóvenes príncipes sólo entienden de caballos y apenas saben nada referente a la inflación, ha molestado algo a las gentes de la calle. Este tipo de ignorancias podían disculparse e incluso cultivarse en aquellos tiempos en que las princesas reales se casaban de blanco con una total autenticidad. Pero ahora puede argüirse que si se han puesto a tono con los tiempos en algunas cosas, bien podrían actualizar sus centros de interés, al menos para compensar lo que cuesta al contribuyente británico mantener un matrimonio de jóvenes caballistas. Tal vez se me pueda decir que me meta en mis asuntos y que los ingleses pueden hacer con sus impuestos lo que les venga en gana. Estoy en total desacuerdo. Vivimos en un mundo en el que las interrelaciones están comprobadísimas y el precio del petróleo iraquí repercute en el precio de los rábanos de la Rioja, de la misma manera que la alienación del pueblo británico repercute en la impugnación de Rodríguez Ocaña como concejal por los barrios del extrarradio barcelonés.

Y si alguien me pide que lo demuestre, le contestaré que me diga el por qué la boda de esta parejita está ocupando un espacio informativo que en buena ley debiera destinarse a poner los nombres y apellidos de los cincuenta mil chilenos masacrados por la Junta Militar, o de los miles de combatientes muertos en el Sinal a la mayor honra y gloria del supersistema de control mundial, o de los millones de personas privadas de los derechos humanos más elementales, o de los millones de parejas de este mundo que pasan hambre de fines de semana prematrimoniales y se casan sin la menor garantía de realización ni felicidad. Es decir, sin un caballo que montar, ni una renta que cobrar, ni un cuartel que mandar... ni perrito que les ladre, ni flores que les diviertan.

SIXTO CAMARA